

## UNA LECTURA DEL EVANGELIO DE JUAN EN CLAVE DE DISCIPULADO

### A READING OF THE GOSPEL OF JOHN IN KEY OF DISCIPLESHIP

#### DIEGO A. BURITICÁ ZULUAGA

Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín (Colombia) y candidato a magíster en Teología de la misma universidad. En los últimos años se ha desempeñado como docente de cátedra de la Universidad Pontificia Bolivariana, la Fundación Universitaria Luis Amigó, la Fundación Universitaria Claretiana y de la Universidad Católica de Oriente. Correo electrónico: buritica.diego@yahoo.es

Recibido el 30 de mayo de 2014/Aprobado el 8 de agosto de 2014

### Resumen

En este artículo, el autor propone hacer una lectura de ciertos pasajes del Evangelio de Juan descubriendo algunas claves que permiten hallar elementos comunes acerca de la identidad del discípulo. Si bien es cierto que en el Cuarto Evangelio el tema del discipulado no es tan capital como en los Sinópticos, no por ello se puede decir que no hay ningún rastro o pista para descubrir la importancia de los discípulos en el ministerio del Jesús joánico. Al elegir ciertos diálogos (con la samaritana, con Nicodemo, con el ciego de nacimiento y con los discípulos en la Cena de Despedida), se descubre que la razón principal del discipulado

en la obra joánica es la relación con la persona de Jesús, lo que permite la comprensión de todo el plan de salvación y el puesto que ocupa cada ser humano que se adhiere a la propuesta de gracia y salvación.

**Palabras clave:** Discipulado, Persona, Conocimiento, Diálogo, Relación, Revelación.

### Abstract

In this article, the author proposes a reading of certain passages in the Gospel of John discovering some keys commonalities that reveal about the identity of the disciple. While it is true that in the Fourth Gospel the theme of discipleship is not as capital as in the Synoptics, therefore cannot say that there is no trace or clue to discover the importance of the disciples in the ministry of Johannine's Jesus. By choosing certain dialogue (with the Samaritan woman, Nicodemus, the Blind man and the disciples in the Farewell Meal), we find that the main reason of discipleship in John's work is the relationship with the person of Jesus, that allows the understanding of the whole plan of salvation and the position of every human being who adheres to the proposal of grace and salvation.

**Keywords:** Discipleship, Person, Knowledge, Dialogue, Relationship, Revelation.

### Introducción

El discipulado en el evangelio de Juan se presenta con unos acentos particulares y distintos a los de los sinópticos, por lo cual deben ser abordados de una forma diferente para comprender su riqueza y singularidad. En los distintos encuentros que Jesús tiene con algunos personajes se pueden descubrir esos acentos particulares que ayudan a comprender más profundamente cuál es la perspectiva de Juan hacia los discípulos.

Afirma J. Gnilka (1998) que el seguimiento de Jesús en el cuarto evangelio se expresa en clave de creer como conocimiento de la persona de Jesús, es decir, creer es conocer (p. 301). Tanto «creer» (πιστός) como «conocer» (γινώσκω) son conceptos muy próximos (cfr. Jn 17, 8), el contenido de ambos conceptos se determina de forma parecida: Se cree – se reconoce. Se trata de un entender acerca de la fe, de un comprender de la fe, no con una comprensión racional a la manera de las categorías filosóficas, sino desde un entendimiento sapiencial, que abarca lo intelectual y lo emocional. Este conocimiento se funda en la igualdad del ser, porque solo los seres iguales se reconocen realmente entre sí, siendo esta a su vez la base de las relaciones interpersonales. Por ejemplo, el conocimiento del pastor al rebaño se corresponde con el conocimiento del Padre al Hijo (cfr. Jn 10, 14-15).

Este conocimiento del Dios Amor no se da por un esfuerzo meramente racional del hombre, sino más bien por la transformación de la persona que se produce cuando cambia de ámbito vital, utilizando las expresiones del evangelista, se traslada de la oscuridad a la luz, de la muerte a la vida. Por lo tanto, ponerse en el camino del seguimiento de Jesús, como conocimiento de él, es recibir el conocimiento del ser (amor) de Dios. J. M. Castillo (1998), reflexionando en torno a este tema dice:

Jesús es la luz del mundo, pero sólo el que le sigue se verá librado de las tinieblas y tendrá la luz de la vida (Jn 10, 27), es decir, lo que define a los que son de Jesús es el conocimiento, que en el lenguaje bíblico expresa relación mutua, profunda, comunión de vida y, por otra parte, el seguimiento, que es la adhesión, no verbal ni de principio, sino de conducta y de vida, comprometiéndose con él y como él a entregarse sin reservas al bien del hombre (p. 18).

Para Juan, creer supone un movimiento que tiene una implicación existencial. Lejos de pensar que creer es un asentir con la mente a ciertas verdades, como ideas estáticas (lo que sería en sí mismo una actitud pasiva), creer es un movimiento de conocimiento, relación y aceptación de la persona de Jesús y de su obra salvífica. En este sentido, el creer en Jesús es adherirse a él. Al respecto, el Nuevo diccionario de espiritualidad (1991) nos dice:

Creer como cristiano potencia la comunicabilidad del hombre, abriéndole a Dios en Cristo; acepta la verdad de su persona confiando en ella y adhiriéndose a su contenido, y adopta una actitud definitiva exigida por la importancia absoluta del mismo para la propia vida espiritual. Los tres aspectos: comunicabilidad, aceptación y compromiso definitivo, son inseparables y constituyen el creer cristiano (p. 364).

En Jn 6, 26 hay una distinción clara entre quienes «buscan» a Jesús y quienes «creen» en Jesús. Todos los que creen en Jesús le siguen estableciendo una relación íntima y profunda con él, pero no todos los que le siguen creen en él, no alcanzan a adherirse completamente a la persona de Jesús, como en el caso de Judas, según Léon-Dufour, que aun siendo discípulo no logra ser completamente parte de la comunidad (1995, p. 43). Algo parecido sucede con los que le seguían antes de la multiplicación de los panes pero después se escandalizan por sus palabras (cfr. Jn 6, 66).

Parece ser que quienes simplemente le siguen ven sus signos, pero no creen en ellos puesto que no se ha producido ese movimiento existencial del «nacer de nuevo» que los lleva a ver el Reino de los Cielos (Jn 3, 3), sino que solo buscan satisfacer sus necesidades materiales.

En este estudio se van a tomar solo algunos diálogos para profundizar en el asunto propuesto, para lo cual se utilizará la división más común que los estudiosos proponen. (Mester, 2000, p. 224)<sup>1</sup>:

1ª parte: El libro de los signos (1, 11—11, 54)

2ª parte: El libro de la exaltación (13, 1—20, 31)

Dentro de esta división se tratará de descubrir cómo Juan va dibujando la figura del discípulo. En la primera parte, Jesús realiza signos y ello sirve para mover a la fe a quienes lo siguen o lo buscan; son muchos los personajes que Juan utiliza dentro de su narración, siendo estos tres los más destacados para este estudio.

Como se anotó al principio, se encuentran notables diferencias entre el discipulado en Juan y en los evangelios sinópticos, en cuanto que la participación de los discípulos en los sinópticos pareciera estar más sujeta a un programa puntual, como una escuela de discipulado, iniciando por un llamado (Mt 4, 18-22; Mc 1, 16-20; Lc 5, 1-11), un programa (Mt 10, 1-42; Mc 3, 14-15; 6, 7; Lc 9, 1), unas condiciones para seguirlo (Mt 16, 24-26;

Mc 8, 34; Lc 9, 23-27), etc. A pesar de tener un acento distinto, no se puede afirmar que Juan desprece el papel del discípulo en la misión de Jesús; de hecho, en el prólogo se descubre de soslayo un acercamiento a esta figura del discípulo como «testimonio de luz» (Jn 1, 7), guardando siempre las distancias entre Juan Bautista más como testigo que como discípulo.

<sup>1</sup> Domingo León Muñoz, por ejemplo, en el Comentario bíblico latinoamericano (2003, pp. 590-591), propone un esquema semejante con otros títulos: 1.ª parte: Revelación de Jesús al mundo: 1,19-12,50.

Aquí la intención de Juan es presentar al discípulo como un hombre o una mujer que establece relación con Jesús, porque será él mismo, desde la realización de los signos y los diálogos, quien los introduzca en el misterio de su Persona adorable. La bella expresión del prólogo: «Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria» (1, 14), unida a: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» en 14, 23, sirve de marco de referencia para este estudio, además de que presenta un profundo sabor discipular, como se verá más adelante.

## EL LIBRO DE LOS SIGNOS Los primeros discípulos

La primera vez que se menciona la acción de seguir a Jesús de modo explícito en el cuarto evangelio es en 1, 37: «Los discípulos le oyeron hablar así [a Juan el Bautista] y siguieron a Jesús».

Es importante tener en cuenta que dicho seguimiento es movido por el testimonio de Juan el Bautista, y, si se avanza un poco más adelante, es por el testimonio de Andrés, «uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús» (v. 40), que su hermano Pedro es introducido en la escuela del seguimiento de Jesús. El caso del seguimiento de Felipe es peculiar, porque este se pone en movimiento por un llamado personal que le hace Jesús (v. 43): «Al día siguiente, Jesús quiso partir para Galilea y encuentra a Felipe y Jesús le dice: "Sígueme"». A continuación, el testimonio de Felipe acerca de Jesús lleva al seguimiento a otro discípulo, Natanael, quien primero muestra claramente estar al corriente de los prejuicios de los maestros y estudiosos de la ley al destacar que un hombre venido de Nazaret no podría ser el Mesías (v. 46, cfr. 7, 41-42; 2S 7, 12). Natanael, después de un breve diálogo con Jesús, termina por confesarlo como «el Hijo de Dios, el Rey de Israel» (v. 49). Vemos, entonces, un esquema en el relato de vocación distinto al de los sinópticos, que se presenta en tres etapas: 1) un testimonio; 2) el encuentro con Jesús; 3) la confesión de fe en su persona. Al profundizar un poco más en el asunto y hacer una breve comparación de este relato de llamado, tal vez el único que se tenga en el cuarto evangelio, con uno de los primeros relatos de vocación de los sinópticos, por ejemplo Mc 1, 16-20 (que registra un paralelo en Mt 4, 18-22 y Lc 5, 1-11) se nota que el acento es diferente. Mientras que en Juan el seguimiento es introducido por un testimonio de un tercero (Juan Bautista) quien además desempeña un papel importante en la cristología joánica, por eso la validez de su testimonio, en los sinópticos el seguimiento surge casi de manera espontánea, porque es el mismo Jesús el que toma la iniciativa de pasar por el lado de los discípulos

(«bordeando el mar de Galilea...»). Además se nota que hay una indicación de Jesús con respecto al para qué de su seguimiento (propósito del dis-

cipulado: «venid conmigo y os haré llegar a ser pescadores de hombres») y la inmediatez de la respuesta de los discípulos.

Esto no puede ser juzgado bajo la óptica de la relevancia de un texto sobre otro en torno al discipulado, sino en los diferentes acentos que, tanto Juan como los sinópticos, quieren ofrecer. Se podría juzgar entonces que el acento en Juan está puesto en el conocimiento, primero, de la persona de Jesús, más que en el quehacer del discípulo. En ese orden de ideas, para Juan el discipulado es correlativo a la cristología, el discípulo es aquel que está con Jesús y descubre su identidad, la cual revela la voluntad de Dios sobre el género humano. El discípulo de Jesús es quien permanece a su lado y se hace testigo de la persona de Jesucristo, comprendiendo, nuevamente, con el corazón y la mente, aquello que él mismo va revelando sobre sí. Por lo tanto, la autenticidad del discipulado se verifica en la capacidad de ser fiel al testimonio que Jesús mismo ha revelado de sí como Hijo de Dios.

Sólo en esos versículos citados de Juan (1, 37-49) podemos encontrar, de manera explícita, el llamado al seguimiento de Jesús. De aquí en adelante entrarán en escena algunos personajes que se adhieren a Jesús después de un diálogo o la ejecución de un signo. No se puede por lo tanto, en el cuarto evangelio, separar a los discípulos, en sentido genérico, de los signos que Jesús hace, pues ellos hacen parte de la pedagogía que él usa para revelarse como Hijo de Dios.

### Nacer de nuevo: clave en el seguimiento de Jesús

Nicodemo, un fariseo que visita a Jesús en la noche, entabla uno de los diálogos más cortos y más profundos de todo el evangelio. De entrada se percibe que Nicodemo ya considera a Jesús una persona importante, pero no da el paso de la confesión, como lo hizo Natanael («Tú eres el Mesías, tú eres el rey de Israel», 1, 49), que marca un momento cualitativamente distinto en la relación con Jesús.

El diálogo, como ya se ha indicado, inicia con un reconocimiento por parte de Nicodemo: «Rabbí, sabemos que has venido como maestro porque nadie puede realizar los signos que tú realizas si Dios no está con él» (3, 2). El fariseo reconoce en Jesús alguien enviado por parte de Dios, pero ese salto cualitativo, del que se habló anteriormente, será el que permita a Nicodemo introducirse en el seguimiento de Jesús. En este diálogo dicho salto se presenta bajo el signo del «nacer de nuevo» o «nacer del agua y del Espíritu». Jesús le enseña a Nicodemo que «aquel que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios» (3, 5). Se hace evidente aquí una referencia al bautismo. Nacer de nuevo indica una transformación de la vida de manera integral y radical. Solo es posible hacerlo por la fuerza del Espíritu enviado de

lo alto. En el hombre que reconoce a Jesús y lo sigue se da entonces la posibilidad de nacer de nuevo por la acción del Espíritu en su vida, liberándolo así de las limitaciones de lo carnal. Pero la carnalidad aquí debe ser comprendida desde la perspectiva de la pertenencia al Pueblo de Israel, es decir, la abrogación de un privilegio por haber nacido dentro de los límites raciales del judaísmo (ser judío). La libertad del Espíritu de la que se habla en el v. 8 responde precisamente a esa capacidad de verse liberado de las limitaciones del orden carnal para ser nueva creatura, esto es, ya no se trata solo de la exclusividad o el privilegio que tiene Israel sobre la salvación ofrecida por Dios al género humano, ni siquiera inclusive por la vinculación a un rito o una ley específica, sino en virtud de la gratuidad del plan salvífico de Dios que se abre a todos en todo momento.

Hay un recurso al símbolo del agua y del Espíritu que es muy propio de los profetas (Is 44, 3; Ez 36, 25; Za 12, 10). Solo quien pasa por el bautismo podrá entrar en el Reino de Dios (expresión usada por Jn solo aquí y en 3, 5), que para el cuarto evangelio «es la intervención definitiva de Dios en la historia y a la venida del Mesías» (Comentario bíblico latinoamericano, 2003, p. 611). De modo que la entrada a la comunidad de los discípulos de Jesús, aquellos que han creído en él como Mesías, se da por la acción del bautismo.

La entrevista con Nicodemo parece que no tiene conclusión, solo deja esbozados algunos elementos puntuales para conocer el camino del discipulado, como lo aludido en el nacer de nuevo, el reconocer al Hijo del Hombre y creer en él para tener vida nueva (3, 15). Pero para hacer justicia al personaje, ya que el mismo autor lo vuelve a mencionar nuevamente en 19, 39 como uno de los que bajó a Jesús de la cruz junto con José de Arimatea, se permite concluir que Nicodemo siguió de cerca a Jesús y su gesto de envolver el cuerpo con mirra y áloe (además con una cantidad muy generosa) denota no solo una cierta actitud de respeto, sino de veneración, muy propia de un discípulo hacia su maestro.

### **La Samaritana: la confesión de una mujer y la salvación de un pueblo**

Este es tal vez uno de los diálogos más bellos que narra el evangelio, cuidadosamente presentado y con un lenguaje y estilo muy pulcros, que presenta a un Jesús que restablece un vínculo de amor entre Dios y el pueblo samaritano, acusado en las mismas Escrituras de idólatra (cfr. 2R 17, 24-41). En un primer plano, se ve a Jesús entablando un diálogo con una mujer samaritana, quien representa a todo un pueblo (la acusación de adulterio por parte de Jesús no es una acusación moral sino que se refiere al culto idólatrico propio del pueblo samaritano a cinco dioses paganos, v. 18, cfr. 2R 17, 24).

La samaritana es una mujer inquieta en las cuestiones de la fe de su pueblo, y en el proceso de encuentro-descubrimiento-revelación-confesión se

establece una nueva relación, no solo de ella como individuo, sino de todo el pueblo, con Jesús. Se podría proponer una estructura del diálogo, teniendo en cuenta los pasos mencionados:

- 1.o Encuentro: 4, 5-12
- 2.o Descubrimiento: 4, 13-25
- 3.o Revelación: 4, 26-30
- 4.o Confesión: 4, 39-42

La etapa del encuentro tiene como marco el pozo, que en este caso no solo es el lugar físico sino teológico (Zevini, 1995, pp. 131-132). Jesús pide agua a la mujer y él mismo termina ofreciéndole un agua distinta. La primera impresión que tiene la mujer de Jesús es que es un forastero que pide agua, pero que con sus palabras sugiere algo más que un encuentro casual. La aclaración que hace Juan «porque los judíos no se tratan con los samaritanos» (v. 9) introduce la idea de que este relato tiene un doble carácter: de rompimiento y de reencuentro. El rompimiento, por un lado, de un prejuicio étnico con tintes religiosos, que separa un grupo (los judíos, quienes se consideraban puros, y los samaritanos, que representan a los excluidos, objeto de odio para el pueblo de Israel; cfr. Si 50, 25-26) y el reencuentro, por otro lado, de un pueblo con el verdadero Dios, a quien conocen pero no le ofrecen el verdadero culto, que es ahora enseñado por Jesús de manera novedosa y restauradora.

El encuentro con Jesús suscita un rompimiento de esquemas en esta mujer, primero porque siendo él un judío le pide agua; segundo, porque quien le pide termina ofreciéndole, cosa que la Samaritana no entiende a la primera (muy común esto en Juan), sino que debe seguir caminando para comprender el sentido profundo del ofrecimiento.

La segunda etapa, o descubrimiento, nos muestra una primera aceptación del ofrecimiento por parte de la mujer: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla», (v. 15), pero le sigue a continuación un juego de interpelaciones por parte de Jesús («vete y llama a tu marido», v. 16 y la consiguiente acusación de idolatría), preguntas y respuestas (¿dónde se debe adorar? v. 20-24), que llevarán, como de la mano, a que Jesús se revele a la mujer como «el Mesías, el llamado Cristo, que cuando venga lo develará todo», v. 25. El descubrimiento que hace la mujer de Jesús resuelve, primero, cosas importantes dentro de la vida de la fe del pueblo, pero que serán totalmente aclaradas en el momento de la venida (del reconocimiento, en caso puntual), del Mesías. El descubrimiento desemboca en el siguiente evento.

La revelación (v. 26-30), aunque se prepara con una afirmación de la samaritana («sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga él nos desvelará todo»),

v. 25) surge de una iniciativa propia de Jesús: sin preguntárselo, él se revela, como si el diálogo los hubiera llevado a este punto: «Yo soy, el que está hablando contigo», v. 26. La reacción de la mujer no se hace esperar, y corre, sorprendida por tremenda revelación y apurada por la urgencia de contárselo a su pueblo. Aparece aquí un elemento importante: la mujer no es capaz de confesarlo completamente; de hecho, el evangelista no pone la confesión en boca de la mujer sino de todo el pueblo al final del relato (v. 42).

La confesión (v. 39-42): aunque no es explícita, la reacción de los samaritanos nos deja ver los efectos de una profesión de fe comunitaria, como los efectos del anuncio. Aquí el testimonio vuelve a jugar un papel muy importante, como en 1, 35-45, puesto que las palabras de la mujer hacen posible el reconocimiento de Jesús de un pueblo entero: «Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba "Me ha dicho todo lo que he hecho"» (v. 39). Se establece entonces la relación de fe, primero por el testimonio y seguidamente por el contacto directo con la persona de Jesús, quien «se quedó allí dos días» (v. 40), estableciendo esa relación de maestro-discípulo con un pueblo excluido, recobrando en el seguimiento del Hijo la adoración auténtica al Dios verdadero.

### La curación del Ciego y la ceguera de los judíos

Este largo relato, que abarca todo el capítulo y es calificado por Zevini como «una obra maestra literaria y teológica, [que] pone aún más de relieve el crecimiento progresivo de la ceguera espiritual de los adversarios, a través de la confrontación con el camino de fe que recorre el hombre que ha sido curado de la ceguera física» (1995, p. 234). Aunque la mayoría de los comentaristas están de acuerdo en que este relato tiene una connotación profundamente cristológica, se hará una aproximación a él en clave de discipulado, considerando el marco del relato «Yo soy la luz del mundo» (v. 5) y la confesión de fe del Ciego en él (v. 38) como una clave discipular. El relato sugiere muchos elementos para un estudio exegético y teológico más profundo, pero aquí solo se enfocará en el seguimiento de Jesús que allí se sugiere.

La curación de la ceguera en este episodio hace clara referencia a la metáfora de «abrir los ojos en los tiempos mesiánicos» esbozada en Is 29, 18; 42, 16-20; 43, 8: «Los ciegos verán la gloria de Dios, le reconocerán y le confesarán». (Jaubert, 1987, p. 54). Pero además, el pueblo de Israel es ciego y se quedará ciego. Se establece así un paralelo entre el hombre (el Ciego), quien a medida que se cura va comprendiendo el milagro de su vida, para terminar en una relación personal con Jesús desde su confesión, y un grupo (los fariseos), que siendo ciegos endurecen su corazón ante la persona de Jesús: «¿Quién está más ciego sino mi siervo?, ¿y quién tan sordo como el mensajero a quien envió? Por más que has visto no has hecho caso» (Is 42, 19-20).

El Ciego no es capaz de reconocer, en un primer momento, quién es el que lo cura, solo lo reconoce de oídas: «Ese hombre que se llama Jesús...», (v. 11; cfr. Job 42, 5a). Pero va progresando en el conocimiento de Jesús y a medida que la inquina de los fariseos va creciendo, él va aceptando que ese, a quien no conocía, se va haciendo más cercano: «¿Y tú que dices de él, ya que te ha abierto los ojos?». El respondió: «Que es un profeta» (v. 17).

Es un simple mendigo el que rasga el velo de la realidad de Jesús. Empieza a creer en Jesús-Profeta con poderes salvíficos, en quien reside la presencia de Dios, y a dejar espacio para la acción del Espíritu que ya trabaja en él gracias a la obra regeneradora del Galileo (Zevini, 1995, p. 54).

En el momento en que las interrogaciones se hacen más insoportables (cfr. v. 24-29) el hombre va descubriendo, por las mismas recriminaciones de los judíos, el origen de Jesús y el carácter de su milagro: ver, abrir sus ojos, es reconocer a Cristo (cfr. v. 30-34). La conclusión de este relato es hermosa: Jesús, que se da cuenta de que el ciego ha sido expulsado de la sinagoga, lo busca, va a su encuentro, se solidariza con su condición y entabla la relación que ocupa este estudio: «Jesús se enteró que le habían echado fuera, y encontrándose con él le dijo: "¿Tú crees en el Hijo del Hombre?". Él respondió: "¿Y quién es, Señor, para que crea en él?". Jesús le dijo: "Le has visto, el que está hablando contigo, ese es". Él entonces dijo: "Creo, Señor", y se postró ante él» (v. 36-38).

Ahora el ciego sabe a ciencia cierta quién lo ha curado y cuál es el sentido profundo de su curación: «Sólo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos» (Job 42, 5). La confesión termina siendo la confirmación de la acusación de los fariseos al Ciego de ser uno de sus discípulos (v. 28) pero ahora adquiere un sentido positivo, contrario a los fariseos que se han endurecido más y más y que no quieren reconocer a Jesús.

Con estos tres relatos se pretendía mostrar cómo se establece una relación personal con Jesús, desde el creer, que posibilita su seguimiento en el testimonio (los gestos, en el caso de Nicodemo en 19,39 y con palabras, en el caso de la samaritana en 4,39). En muchos de los episodios en los cuales Jesús realiza algún signo y pronuncia un discurso, están presente los discípulos, como una forma de enseñarles a creer en él, pero llega al punto nodal de este camino de discipulado en la segunda parte del evangelio.

### EL LIBRO DE LA EXALTACIÓN

En esta segunda parte del evangelio, en los capítulos 13, 1—16, 3, se percibe más de cerca a los discípulos de Jesús cuya presencia se resalta en virtud

de la despedida, el juicio, su muerte y resurrección. Los discípulos son testigos de primera mano de todas estas cosas porque, al develarse en ellas el misterio del amor del Padre que «tanto amó al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca» (3, 16), se convierten así en agentes del mismo plan de salvación siguiendo el destino de su Maestro.

### La cena de despedida

Un ambiente íntimo encuadra la narración de la cena y el discurso de despedida, allí se presenta lo que Léon-Dufour ha llamado «la fundación de la comunidad de los discípulos» (1995, p. 25).

El gesto inicial del lavatorio de los pies introduce una acción simbólica, a la manera de los profetas, con una finalidad muy puntual: mostrar a los discípulos una nueva actitud de vida en la comunidad: el servicio.

La acción de lavar los pies, que es propia de un esclavo (cfr. 1S 25, 41) la realiza el Maestro con sus discípulos: «se levanta de la mesa, se quita sus vestidos, y tomando una toalla se la ciñó. Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido» (13, 4-5). Como es una actitud sin precedentes en el grupo de los discípulos y en su caminar con Jesús, la reacción no se hace esperar, y aunque es Pedro quien le dice: «Señor, ¿lavarme los pies a mí?» (v. 6), podríamos decir que son todos los discípulos quienes se sienten conturbados y rechazan el gesto: «No me lavarás los pies jamás» (v. 8).

«Al lavar los pies a los discípulos, Jesús significa, con mayor evidencia todavía, que él ocupa el lugar del siervo» (Léon-Dufour, 1995, p. 28). Esto pone en consonancia con la actitud de siervo que quiere mostrar Jesús a sus discípulos, actitud que también es recogida por Lucas (cfr. Lc 22, 27: «Yo estoy entre vosotros como el que sirve») y que, sin duda, debe ser asumida por también por ellos. Parece bastante iluminadora la diferencia que hace Léon-Dufour entre «imitar» y «asumir»: «Este ejemplo no es un modelo exterior que imitar sino como un don que engendra el comportamiento futuro de los discípulos» (Léon-Dufour, 1995, p. 33). El servicio será, en adelante, la clave o la articulación de la relación entre los discípulos de Jesús y, a su vez, así quedará demostrada la fidelidad hacia él. «Sabido esto, dichosos seréis si lo cumplís» (v. 17).

Todo el discurso siguiente se presenta en el marco de una despedida. Jesús, que prevé la muerte inminente, se despide de sus discípulos, exhortándolos y animándolos a que sigan unidos a él y a no desfallecer a pesar de las dificultades. Al revisar algunos momentos claves en todo el discurso, se descubre el camino del discipulado.

«Si alguno me ama, guardará mi palabra, mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él» (14, 23). Guardar la palabra de Jesús puede ser entendido no solo como atender la enseñanza de Jesús, sino, más aún, como ponerla en práctica. Pero el acento de esta perícopa recae en la relación de amor que se establece entre el discípulo, Jesús y el Padre: «De la pareja de términos recurrentes "amar"/"guardar", se destaca el verbo "amar", cuyo sujeto es, primero, el Padre y luego el Hijo... se pone todo el acento en la relación de amor que une no solamente al discípulo con el Hijo, sino también al Padre y al Hijo con el discípulo» (Léon-Dufour, 1995, p. 104).

Esta relación de amor entra en un momento definitivo cuando el Hijo junto con el Padre hacen «morada» en el discípulo. Primero, en el prólogo, se anuncia que «el verbo se hizo carne y puso su tabernáculo (ἐσκήνωσεν ἐν ἡμῖν) entre nosotros» (1, 14), ahora el Padre y el Hijo vendrán a hacer morada en él (μονὴν παρ' αὐτῷ ποιησόμεθα). El griego muestra un acento marcadamente personal entre los dos pasajes en la relación de amor entre el Padre y el Hijo con el discípulo. Es relación vital, hacer morada y vivir en comunión permanente, es traer al Padre en Jesús a la vida cotidiana, es dejarse guiar por sus principios y, sobre todo, aceptar el ofrecimiento gratuito de salvación de Dios en su Hijo. Pero también hace recordar la invitación de Jesús a sus primeros discípulos a «ver donde vivía y quedarse con él» (1, 39).

El amor del Padre por Jesús es ahora el amor de Jesús por sus discípulos. «Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros, permaneced en mi amor» (15, 9). Esta relación nueva que se ha establecido desemboca necesariamente en una respuesta del amor que Jesús manifiesta por sus discípulos: el amor entre ellos.

El amor que Dios ha concedido a sus discípulos se expresa en el amor que estos se tienen mutuamente en este mundo. Este es el resultado único que verifica la presencia en ellos del amor recibido de Jesús. Por eso, el amor fraterno se presenta como el mandamiento por excelencia (Léon-Dufour, 1995, pág. 146).

Los discípulos, amigos de Jesús, han recibido todo su amor. Solo quien lo acoge es su amigo y solo a sus amigos les son reveladas las intimidades (cfr. Sal 25, 14). Además «nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (15, 13). El evangelista Juan concentra su mirada contemplativa en el amor, vínculo que relaciona a Jesús con sus discípulos, y este mismo vínculo orienta la fidelidad cotidiana a su plan en el amor hacia los demás. Por eso el amor fraterno es un faro que orienta la vida y la conduce en medio de un mar abierto donde se puede perder el rumbo.

Ahora se va haciendo más claro el camino del discipulado, por lo menos en su sentido profundo, que se va identificando cada vez más con el sentido de la vida de Jesús. El mundo, que ha rechazado el Verbo, (cfr. 1, 10-11) tendrá la misma actitud hacia los discípulos. Esto no puede ser motivo de escándalo. Compartir el destino del Maestro, en el amor del Padre y el odio del mundo, es la garantía que reciben los discípulos.

Pero no deben desfallecer, porque con el retorno de Jesús al Padre se manifestará la presencia del Espíritu, el Paráclito, que tendrá en adelante la función de instruir a los discípulos en las cosas del Señor. Jesús advierte que el Paráclito será la «guía hacia la verdad completa» (16, 13). «Este pasaje comprende la misión del Espíritu, maestro interior y guía hacia la plenitud de la verdad». (Zevini, 1995, pág. 397)

El Espíritu será el encargado de dirigir y acompañar a la comunidad de los discípulos a la plenitud, fortaleciéndolos en los momentos de dura persecución y prueba y cuando sea el momento de dar testimonio del Hijo de Dios. En estos capítulos, la progresión del discurso que se enfoca primero en el amor y después en el Espíritu muestra la unión profunda que existe entre ambas experiencias: amor y Espíritu van ahora ligados como pilar fundamental de la experiencia discipular, no como dos componentes aislados sino como uno solo.

## A modo de conclusión

El camino del discipulado en Juan no se presenta como un programa, a la manera de los sinópticos; más bien se presenta como la relación que se establece entre los hombres y Jesús, el Verbo Encarnado, que ha irrumpido en la vida de los hombres poniendo su morada en medio de ellos (1, 14).

Dicha relación tiene características muy especiales y particulares, porque como se apreció en el estudio de varios relatos, se da un proceso de encuentro, presentado casi siempre en contextos cotidianos (una visita, en medio de tareas y oficios, en el camino, etc.); posteriormente un descubrimiento de la persona de Jesús como un profeta o como un hombre extraordinario enviado por Dios que realiza prodigios y signos; luego la revelación de la verdadera identidad de Jesús como Mesías, que impulsa a una confesión de fe en él. Dicha confesión supone una adhesión vital, no solo a la enseñanza de Jesús sino a su modo de vida, a su propio destino, llevándolo a su vez a recibir todo el amor del Padre, que es uno con su Hijo (10, 30) y que por ese amor infinito al Hijo es comunicado también un amor infinito al discípulo (15, 9-10) recibiendo la promesa del Espíritu que lo seguirá acompañando en su caminar en

medio del mundo, que ha rechazado al Maestro y que seguramente también lo rechazará a él (15, 18-19), para completar su caminar asumiendo el destino de amor y de cruz.

Siempre será necesario revisar los fundamentos del caminar con Jesús hacia la casa del Padre, cayendo en la cuenta de que el discipulado cristiano no se trata del cumplimiento y observancia de ciertas normas o leyes, ni en la intelección de verdades teóricas, por más refinadas que estas sean (rastros que fueron quedando en la manera de vivir el cristianismo, pero que son más propias de otras religiones y culturas), sino que el verdadero seguimiento se afirma en la auténtica relación con la Persona adorable de Jesús, lo que significa la apropiación profunda de sus enseñanzas, de los principios evangélicos, en este caso el de Juan y la adecuación cotidiana a ellos. Además, una revisión crítica del cristianismo será una revisión de la relación con Jesús que se evidencia en la relación con los hermanos.

Cada cristiano tiene una capacidad especial y diferente de relacionarse, de comunicarse, de abrirse al otro, desde una experiencia fundante: el descubrimiento de Cristo en su vida. Al descubrirlo y confesarlo en su vida, ha recibido el amor del Padre, que lo capacita para amar a los otros y para estar en el mundo sin ser del mundo, más aún, soportando su rechazo, verificando desde allí el verdadero seguimiento.

Cuanto más importantes se van haciendo los valores del mundo, sus paradigmas y sus estructuras mentales menos importantes se van haciendo los valores evangélicos, que se centran en la relación con el Maestro. Al contrario, cuando en el centro de la vida está la relación personal con Jesús, se fortalece la capacidad de redimensionar el mundo, entender lo que significa «preservarse de él», sin escandalizarse por el rechazo, y a su vez, entregarse en donación amorosa a los hermanos, para dar testimonio al mundo del amor del Padre que habita en el discípulo junto con el Hijo por la acción del Espíritu, haciéndolo «Morada de la Trinidad».

## Referencias bibliográficas

- Alonso Schöekel, L. (1997). Biblia del peregrino. Estella: Verbo Divino.  
Baena, G. (2011). Fenomenología de la revelación. Navarra: Verbo Divino.  
Blank, J. (1984). El evangelio según san Juan. Barcelona: Herder.  
Brown, R. (1999). El Evangelio según san Juan. Madrid: Cristiandad.  
Castillo, J. M. (1998). Los pobres y la teología. Madrid: Trotta.  
Cohen, E. (2003). Con el diablo en el cuerpo: filósofos y brujas en el rena-

cimiento. México: Taurus.

Comentario bíblico latinoamericano. (2003). Estella: Verbo Divino.

Fiores, S. D. (1991). Nuevo diccionario de espiritualidad. Madrid: Ediciones Paulinas.

Gnilka, J. (1998). Teología del Nuevo Testamento. Madrid: Trotta.

Granada, M. (2000). El umbral de la modernidad. Barcelona: Herder.

Jaubert, A. (1987). El evangelio según san Juan. Estella: Verbo Divino.

Köster, H. (1988). Introducción al Nuevo Testamento. Salamanca : Sígueme.

Léon-Dufour, X. (1995). Lectura del evangelio de Juan: Jn 13-17. (Vol. III).

Salamanca: Sígueme.

Lona, H. (2000). El evangelio de Juan. Buenos Aires: Claretiana.

Moloney, F. (2005). El evangelio de Juan. Estella : Verbo Divino.

Rivas, L. (2005). El evangelio de Juan: introducción, teología, comentario.

Buenos Aires: San Benito.

Tilborg, S. v. (2004). Comentario al evangelio de Juan. Estella: Verbo Divino.

Tuñi, J.-O. (1995). Escritos joánicos y cartas católicas. Estella: Verbo Divino.

Zevini, G. (1995). Evangelio según san Juan. Salamanca: Sígueme.